

graves solicitudes por causa de la misión de Pole, y resuelto á emplear todos los recursos para quitarlo de en medio, valiéndose, en caso necesario, de un asesinato (1).

El haber fracasado la misión de Pole tuvo varias causas: en primer lugar el habersele enviado demasiado tarde; pues, no recibió la bula de legado hasta el 31 de Marzo (2). Esta dilación, y más todavía la irresolución y confianza excesiva de los «Peregrinos», dió tiempo á Enrique VIII para someter las provincias del Norte. Todo aquel movimiento había sido (cosa que ignoraban en Roma), más bien una demostración, que una guerra propiamente tal (3). Cabalmente la moderación de los adalides, y la confianza que tenían en el Gobierno inglés, condujo á éste á la victoria. Luego que se les aseguró una completa amnistía, depusieron las armas; después de lo cual, el astuto Rey faltó á su palabra y tomó cruel venganza. Otra causa de haber fracasado la misión estuvo en la vergonzosa actitud de Francisco I; el cual, cuando el monarca inglés exigió la extradición de Pole como traidor y reo de lesa majestad, hizo significar al legado que saliera lo antes posible del territorio francés. Pole hubo de dirigirse á la ciudad imperial de Cambray; pero ni aun allí estaba seguro, por la vecindad de la plaza inglesa de Calais; pues Enrique VIII había puesto á precio su cabeza tasándola en 50.000 coronas, y exigía además su expulsión á la Gobernadora de los Países Bajos; por lo cual el Consejo de Estado, que temía por el comercio con Inglaterra, obtuvo que Pole fuera conducido á Lieja. Aquí perseveró animosamente con Giberti, á pesar de todos los peligros, hasta el mes de Agosto, con la esperanza de poder todavía alcanzar algo en favor de su desgraciado país. Pero el Papa, su poderante, que

(1) El cardenal Carpi notificaba desde Amiens, en 21 de Abril de 1537: *Sono certificato da Brian, nuovo ambasciatore Anglico et che per esser mignon di quel re, non viene mai qui che per cosa importante molto, era venuto per far l'ultimo conato d'haver nelli mani il signor legato et condurlo in Inghilterra per metterlo nel cathalogo de martyri, et non li essendo reuscito, ne stà desperatissimo et mal contento al possibile di costoro et brava, che se lo trovasse in mezza Francia, lo amazzerà di sua mano con simili altre parolaccie per le quali anchor si vede chiaramente l'animo di quel re et quanto bisogna, che S. S. rev^{ma} si guardi la vita per tutti i versi havendo a far con pazzi et cattivi et che temono più senza alcun dubbio di lei, per quanto ritraggo che d'altra cosa di Roma. Nunz. di Francia 2 (f. 76). *Archivio segreto pontificio*.

(2) Lett. and Pap. XII, 1, n. 779. Qué esperanzas se tenían entonces todavía en Roma, se saca de las Nuntiaturberichte II, 126.

(3) Esto lo pone de relieve especialmente Dixon (I, 457).

veía las cosas con mucho mayor claridad que él, había renunciado hacía ya mucho tiempo, lo propio que el cardenal Contarini, á semejantes ilusiones (1).

Aun cuando, pues, estaba ahora dispuesto Paulo III á emplear contra Enrique VIII todo el rigor de las censuras y penas eclesiásticas, no precipitó cosa alguna; y sólo después que hubo obtenido en Niza una tregua entre Carlos V y Francisco I, y estos príncipes se hubieron obligado á romper todo comercio con Enrique VIII luego después de la publicación de la bula, levantó la suspensión de este documento preparado hacía ya entonces tres años, y se dispuso á publicarla con algunas añadiduras. Y aun ahora no procedió el Papa sino después de haber sometido el asunto á una comisión de cuatro cardenales distinguidos y obtenido su asentimiento (2).

En la bula, fechada á 17 de Diciembre de 1538 (3), alude el Papa á su hasta ahora demostrada longanimidad, la cual no había terminado sino al presente por efecto de nuevos crímenes del Rey, sobre todo por la cruel carnicería de preladados y sacerdotes, y el despojo y profanación de los más santos lugares de Inglaterra. Acentuábase particularmente, que la furia loca de Enrique perturbaba ahora hasta el lugar del descanso de los difuntos á quienes la Iglesia venía hacía siglos venerando como santos; y en particular se explicaba, de qué manera el Rey había trocado el monasterio de San Agustín de Cantorbery, el cual había llevado el Cristianismo á Inglaterra, en una mansión de animales salvajes; y cómo, no contento con despojar de sus tesoros y destruir el sepulcro, celebrado en todo el mundo, del arzobispo de Cantorbery Tomás Becket, que resplandecía de oro y piedras preciosas, había llegado hasta quemar las reliquias de aquel Santo, veneradas hacía siglos por innumerables peregrinos, y había hecho esparcir al viento sus cenizas (4).

(1) Cf. Dittrich, Contarini 441 s.; Lett. and Pap. XII, 1, xxxvii; cf. XII, 2, xxx s.

(2) Cf. Raynald 1538, n. 45; Pallavicini I, 4, c. 7; Nuntiaturberichte III, 221 s., 304; Lett. and Pap. XIII, 2, n. 684—686; v. también en el apéndice núm. 31 la *carta de Bianchetto á Alejandro, de 28 de Octubre de 1538. *Archivio segreto pontificio*.

(3) Bull. VI, 203—205; cf. Lett. and Pap. XIII, 2, xli.

(4) La destrucción fué tan radical, que hoy día, en la catedral de Cantorbery, sólo se puede reconocer el lugar venerando en el desgaste del enlosado por las rodillas de los innumerables peregrinos.

A pesar de la seguridad que Carlos V y Francisco I habían dado, tocante al apoyo de la bula pontificia, en Roma se tenía poca confianza en ambos príncipes (1); por lo cual es tanto más digna de reconocimiento la abnegación del cardenal Pole, quien también entonces tomó sobre sí el difícil cometido de exhortar á ambos Príncipes al cumplimiento de su palabra, sin cuidarse de que con semejante misión, no sólo ponía en peligro su propia vida, sino también la de sus parientes. A fines de Diciembre de 1538 salió secretamente de Roma, para evitar las asechanzas de los asesinos ingleses, y se dirigió apresuradamente á Toledo donde estaba el Emperador; pero éste no tenía voluntad de emprender cosa alguna sería contra Enrique VIII. Tampoco alcanzó nada el cardenal Pole en Francia, donde moró largo tiempo en casa de su amigo Sadoletto. La publicación de la bula resultó ser imposible, y por efecto de la actitud de Carlos V y Francisco I, también Escocia, donde el cardenal Beaton debía publicar la bula, hubo de permanecer inactiva (2).

De esta suerte vió de nuevo Enrique desvanecerse felizmente para él un grave peligro, pues si Carlos V y Francisco I se hubieran resuelto á interrumpir el comercio con Inglaterra, bajo la influencia de semejante coalición, que ciertamente hubieran apoyado un acometimiento de los escoceses y la actitud de los descontentos católicos de Inglaterra, el Rey se hubiera visto necesitado (según calculaba acertadamente Paulo III) á hacer las paces con la Iglesia (3).

A la tristeza por el fracaso de su misión, se añadió juntamente para Pole el dolor por la ejecución de sus parientes y el encarcelamiento de su madre, la cual tenía ya ochenta años, y sin oír siquiera un solo testigo, fué ejecutada en la Torre de Londres el 27 de Mayo de 1541, no por otra causa sino la de ser una fiel católica y madre del cardenal (4).

(1) V. la *carta de N. Sernini, de 8 de Enero de 1538. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Sobre la segunda legación de Pole, cf. Quirini II, cclxix, 142 s.; Lingard VI, 318 s.; Pieper 117 s.; Kerker, Pole 55 s.; Nuntiaturberichte IV, 36 s.; Lett. and Pap. XIV, 1, v. s.; Zimmermann, Pole 164 ss. Respecto de la controversia, sobre si la bula se publicó, v. Lingard VI, 318 nota; Dixon II, 59. Spillman I, 143; cf. ahora todavía Nuntiaturberichte III, 337, 399, 604; IV, 95; Lett. and Pap. XIV 2, III.

(3) Cf. Lett. and Pap. XIV, 1, XIII s.

(4) V. Spillmann I, 237 s.

Merced á las enormes sumas que, en el término de diez años, produjo el despojo de los bienes monásticos (unos 320 millones de marcos, según el actual valor de la moneda) (1), pudo Enrique tomar las necesarias precauciones militares contra una coalición de los Príncipes católicos, que temía constantemente; pero el tiempo siguiente demostró que, en este respecto, Roma no tenía apenas cosa alguna que esperar. El Papa hubo de contentarse con observar el curso de los acontecimientos; y no obstante, nunca abandonó de todo punto la esperanza de que algún acaecimiento venturoso movería á Enrique VIII á convertirse. Semejante acaecimiento pareció ser la caída de Cromwell. A 28 de Julio, el regio Vicario General, para quien todas las armas habían sido lícitas en su lucha con Roma, sufrió la suerte que á tantos otros había deparado, y fué ejecutado sin formación de proceso legal. Entonces se dió inmediatamente al legado Cervini, la orden de tratar con el Emperador sobre la manera de convertir á Enrique VIII y restablecer el Catolicismo en Inglaterra. Una mudanza semejante parecía entonces posible, por cuanto se dijo que Enrique había explicado en sentido católico los seis artículos publicados en Junio de 1539 (2); pero á la conversión del Rey se oponían, sin embargo, no sólo su codicia de dinero, su ambición y continuos asuntos matrimoniales, sino también el hecho de estar los Grandes de Inglaterra interesados contra la Santa Sede por la repartición de los bienes eclesiásticos. Por otra parte, luego que el Emperador hubo ajustado, el 11 de Febrero de 1543, una alianza con Enrique VIII contra Francia, se desvaneció toda probabilidad de alcanzar su auxilio en la cuestión de Inglaterra (3).

Esta mudanza estaba enlazada con el desenvolvimiento de los negocios de Escocia, cuyo rey Jacobo V había resistido á todas las atracciones de Enrique VIII para que le siguiera por el camino del cisma, y seguido, por el contrario, en unión con el cardenal David Beaton, arzobispo de St. Andrews, una política que se podía resumir en estas palabras: sostenimiento de la antigua Iglesia, represión de la indócil Nobleza, y alianza con Francia. El contraste que de esto resultaba, se recrudeció aún más, cuando los irlandeses, exasperados por las tentativas de Enrique VIII de se-

(1) V. Gasquet II, 534; Spillman I, 210.

(2) Cf. Nuntiaturberichte V, 305, 311, 320, 345.

(3) Cf. arriba p. 139.

parar de Roma su país (1), ofrecieron á Jacobo V la corona irlandesa. En Agosto de 1542 estalló la guerra que hacía tanto tiempo amenazaba, la cual acabó, no obstante, por la traición de los nobles, en una lamentable derrota de los escoceses. Esta derrota quebrantó el poder del Rey, quien poco después, el 13 de Diciembre de 1542, murió de solos treinta y un años de edad.

Para Escocia comenzaron entonces tiempos malos; la Nobleza, dividida en dos partidos, inglés y francés, se levantó con el poder, y los protestantes se aprovecharon de la confusión dominante; y mientras el conde de Arrán, elegido para Regente, les dispensaba su favor, el cardenal Beaton se veía encarcelado por el partido contrario. En tales circunstancias, Enrique VIII tuvo por favorable la ocasión de adquirir el reino de Escocia para su casa, mediante el desposorio de su hijo Eduardo con María, hija de Jacobo V (2).

Todavía el 9 de Enero de 1543, había Paulo III dirigido un breve á Jacobo V, por el cual le concedía un impuesto sobre los bienes eclesiásticos de Escocia, para continuar la guerra contra Enrique VIII, «el hijo de perdición» (3). Mas ahora recibió la noticia de la muerte del Rey, y en Marzo, la de la prisión de Beaton y de los peligrosos planes del monarca inglés; por efecto de los cuales se acordó inmediatamente enviar á Francia y Escocia á Marco Grimani, Patriarca de Aquilea (4). Grimani debía obtener la libertad de Beaton, confirmar á los escoceses en la defensa de la fe católica, ayudar á cobrar el tributo para la guerra, y prometer todavía otros auxilios contra Enrique VIII; y fuera de esto, debía Grimani conferenciar ante todo con Francisco I, hacer depender de su juicio su ida á Escocia, y allí ponerse sobre todo en inteligencia con Beaton y acabar con las luchas de los partidos (5).

(1) Cf. Bellesheim, Ireland II, 39 s.

(2) Cf. Bellesheim, Schottland I, 337 s., 343 s.

(3) Raynald 1543, n. 54; Bellesheim I, 341.

(4) Además de Raynald 1543, n. 55, cf. todavía *Min. brev. Arm. 44, t. 26, n. 192; Card. S. Andreae; n. 193; Regi christ.; n. 194; Clero Scotiae; n. 195; Archiepisc. Glasgov.; n. 196; Pasaporte para Grimani: todos estos breves llevan la fecha de 25 de Marzo de 1543. *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. en el apéndice n. 61, la *instrucción para Grimani, de 1 de Abril de 1543 (*Archivo secreto pontificio*); v. ibid Arm. 32, t. 34, f. 141^b s.: Oratio facta p. rev. ptr. Grimanum, legat. ad Scotos. Cf. *Constituzioni et ordini del rev. patriarcha d'Aquileja nella legat. del regno di Scotia. *Biblioteca de Ferrara* 264, N. B, 3 T, f. 290 s.

Cuando Grimani pisó, en Octubre de 1543, el suelo de Escocia, halló al cardenal Beaton en libertad, y ocupado muy fervorosamente en organizar en Inglaterra el partido católico y nacional, por manera que, habiendo el legado permanecido en Escocia hasta Marzo de 1544, pudo dar al Papa las más favorables relaciones acerca de la situación que allí dominaba (1). Paulo III, á quien el monarca inglés había tratado de demonio, por medio de una medalla satírica (2), auxilió á los escoceses en su guerra contra Inglaterra, en Abril del año siguiente, enviándoles 20,000 escudos (3), y el cardenal Beaton, distinguido desde 30 de Enero de 1544 con la dignidad de legado, desplegó una actividad celosamente fomentada por el Papa, como representante de una política verdaderamente patriótica en favor de la antigua fe y de la independencia de la nación (4). Tanto fué, por consiguiente, mayor la pena del Papa, cuando aquel varón eminente, que con tanta habilidad había contraminado todos los planes de Enrique VIII, sucumbió el 29 de Mayo de 1546, víctima de un asesinato en que tuvo parte el monarca inglés (5). Naturalmente, volvió entonces á levantar cabeza el partido que trabajaba para arruinar, con auxilio de Inglaterra, la Religión católica; y la victoria pareció inclinarse en favor suyo cuando los ingleses causaron á los escoceses, el 10 de Septiembre de 1547, una grave derrota. Mas, con todo eso, no habían de alcanzar su fin, pues la princesa María se desposó con el Delfín francés y fué llevada á Francia en Agosto de 1548. Desde allí recibieron los escoceses tan importantes socorros, que los ingleses hubieron de renunciar á sus planes de conquista (6).

Ya por entonces no se hallaba en el número de los vivos Enrique VIII, el cual, en los últimos tiempos, no había infundido sino

(1) V. Bellesheim I, 345.

(2) El papa vió la moneda, que le representaba con un diablo y la correspondiente inscripción, como lo refiere Aurelio Manni Ugolini en una *carta, fechada en Roma á 7 de Junio de 1544. *Archivo público de Sena*.

(3) Arch. stor. Ital. 3 serie, XXVI, 374.

(4) Cf. *Min. brev. Arm. 41. t. 32, n. 222; Card. Scotiae (17 de Abril de 1545); t. 33, n. 253; Item (1 de Mayo de 1545); t. 34. n. 593; archiepisc. Glasgow (12 de Octubre de 1545) (*Archivo secreto pontificio*); Bellesheim, Schottland I, 345 s.; Herkless. Card. Beaton, Edinburgh 1891, especialmente las págs. 217, 227.

(5) V. Bellesheim I, 351; Brosch VI, 337.

(6) V. Bellesheim I, 363 s. Las cartas, por las cuales Paulo III en 1547 exhortaba así á los irlandeses, á mantenerse fieles en la fe, se hallan en Raynald 1547, n. 125 s. Una *memoria sobre el estado de Escocia, dirigida á Paulo III en 1547, se halla en el *Archivo público de Nápoles*, C. Farnes. 6.

horror y temor. Su muerte, ocurrida á 28 de Enero de 1547, hizo que volviera á revivir en Roma la esperanza de que se podría ganar de nuevo á Inglaterra para la Iglesia. Paulo III resolvió inmediatamente poner manos á la obra, dirigiendo una exhortación al Parlamento inglés, requiriéndoles para que, con volver al seno de la Iglesia, quitaran toda ocasión á los acometimientos de extranjeras potencias (1). El 25 de Febrero de 1547 nombró al cardenal Sfondrato legado junto al Emperador, y á Capodiferro junto á Francisco I, para interesar á dichos príncipes en el gran plan de restituir Inglaterra al Catolicismo; y se reservó el nombramiento de otro tercer legado, para cuyo cargo se pensaba en Pole (2). Entretanto, hizo el Papa tantear en Londres, por medio del embajador francés, qué recibimiento se haría en Inglaterra á un legado semejante; pero la respuesta de Sommerset, que regía el Estado en nombre del menor Eduardo VI, fué incondicionalmente negativa (3). Carlos V rehusó toda intromisión en los asuntos de Inglaterra (4), los cuales se fueron desarrollando entonces cada vez peor. Los ataques de Enrique VIII se habían dirigido ante todo contra el Papa; por el contrario, quería conservar la doctrina y las ceremonias de la antigua Iglesia, y las amparaba contra los acometimientos de los novadores, por medio del castigo de la hoguera. Esto no obstante, la fe católica estaba condenada en Inglaterra á la ruina, desde el momento que se había roto la unión con el punto central de la unidad religiosa; y, con entera consecuencia, los artículos reformatorios de 1536 señalaban una aproximación hacia el Protestantismo. Verdad es, que más adelante, bajo la impresión del levantamiento de los católicos en el Norte, volvió Enrique VIII de nuevo á su antiguo criterio, de no permitir en adelante ninguna sustancial mudanza en los dogmas. En 1539 se publicaron los seis artículos, por los que se mandaba, so pena de la vida, sostener la Transubstanciación, las misas de difuntos, la confesión auricular y el celibato; y mientras se continuaba como antes ahorcando y descuartizando como reos de alta traición á los fieles católicos, se condujo ahora á las hogueras, no sólo á los anabaptistas, sino también á los luteranos; á pesar de

(1) Este breve, fechado á 3 de Marzo de 1547, se halla en Raynald 1547, n. 123.

(2) V. Pieper 130; Nuntiaturberichte IX, 492, 494, 499 s.

(3) Cf. Odet de Selve, Corresp. polit. 140; Brosch VI, 389.

(4) Cf. arriba p. 292 s.

lo cual, no se pudo estorbar que continuaran penetrando las ideas protestantes. Demostróse (según acentuaba Marillac en 1540) no ser posible llenar al pueblo de odio contra el Papa, sin permitir al mismo tiempo que participara de algunas opiniones de los luteranos (1).

A esta ambigua situación, insostenible á la larga, se puso fin en tiempo de Eduardo VI, y se sacaron las consecuencias lógicas del nuevo sistema establecido por el difunto Rey. El Protector Sommerset y Cranmer pudieron hacerlo con tanto mayor facilidad por cuanto el nuevo Jefe de la Iglesia anglicana acababa de cumplir los diez años al tiempo de su ascensión al trono, y no era sino un instrumento sin voluntad en manos de ellos. Ordenóse por de pronto una visita á todas las diócesis, y que se quitaran de los templos las imágenes de los santos; lo cual pareció intolerable aun á algunos de los obispos que, en tiempo de Enrique VIII, habían aprobado el rompimiento con Roma; pero con todo, su resistencia se quebrantó por medio de la fuerza. Cranmer, que era el alma de todas las novedades, trabajó con éxito para ensanchar el abismo entre Inglaterra y Roma, introduciendo la comunión bajo las dos especies, suprimiendo los seis artículos y estableciendo una nueva liturgia. La liturgia romana, que hacía más de mil años se había conglutinado con la vida espiritual y nacional del pueblo, desapareció, y en su lugar se adoptó el *Book of common prayer*, Libro común de preces (2), escogitado por Cranmer con innegable habilidad, pero no examinado ni aprobado por ningun sínodo, y sacado del Parlamento por medio de la intriga y la violencia. A pesar de las amenazas de los más graves castigos, que en caso de reincidencia llegaban hasta la prisión perpetua, promoviése una resistencia tenaz (3). En el verano de 1549 ocurrió una serie de levantamientos, los cuales eran sin embargo de carácter más social que religioso, y fueron anegados en sangre. No obstante

(1) V. Brosch VI, 343; cf. Ranke, Engl. Gesch. I, 224 und Histor. Zeitschr. III, 131. Para los pormenores de las mudanzas en la política religiosa de Enrique VIII, v. Dixon, Hist. I, II; Trésal 192 ss. Según Pollard (Henry VIII, London 1905, 388), Enrique VIII personalmente era completamente irreligioso, y encarnación del Príncipe de Maquiavelo (v. también Zimmermann en la Röm. Quartalschr. XIII, 271 s.).

(2) Además de Lingard VII, 20 s., Brosch VI, 390 s. y Trésal 230 s., cf. particularmente el notable trabajo de Gasquet-Bishop: Edward VI and the Book of the common prayer, London 1890 (cf. Bellesheim en el Katholik 1891, I, 1 s.).

(3) V. Pocock, Troubles connected with the Prayer-Book of 1549, Lond. 1884.

opinaba el embajador de Venecia, en 1551, que los partidarios de lo antiguo se volverían á levantar inmediatamente, si se les ofreciera adalid apropiado (1).

El Poder real fué asimismo el que procuró la victoria á las novedades religiosas en los Reinos del Norte, y separó aquellos robustos pueblos de la Iglesia á quien debían su cultura y civilización.

En Suecia, ya en tiempo de Clemente VII se había llegado á la definitiva separación, y en el año 1527 el rey Gustavo Wasa, por medio de un golpe de Estado, arrebató su Reino á la antigua Iglesia en la Dieta de Vesteras (2). Por lo demás, aquel monarca absolutista estuvo poco satisfecho de su nuevo clero, del cual había pensado valerse como de un instrumento dócil. Los principales cabecillas de las novedades, Olao Petersson y Lorenzo Andersson, cayeron en desgracia por haberse resistido á introducir las mudanzas intentadas por Gustavo en la constitución eclesiástica, se vieron condenados á muerte, y solamente pudieron salvar sus vidas aprontando grandes sumas de dinero; en lo cual miró el pueblo católico un castigo de Dios (3). Por mucho tiempo, extensas clases sociales no quisieron saber nada de las innovaciones religiosas, y creció la irritación cuando el Rey usurpó los tesoros que habían reunido en las iglesias los antepasados, é introdujo una nueva liturgia. En 1542 estalló la sublevación de los descontentos en Smaland, y pronto se extendió por el Este y Oeste de Gotlandia hasta la Södermanland. Los labradores declararon querían volver á restablecer el Cristianismo, suprimir las misas en lengua sueca y restituir todas las cosas á su antiguo modo de ser. Entonces se fijó también la atención de los extranjeros en los Países del Norte, acerca de cuyas circunstancias se tenían muy insuficientes noticias (4). Los suecos expulsados de su patria, el

(1) State Pap. Venet. V, 345. Que la resistencia en Inglaterra fué abatida, porque faltaba un buen caudillo, ya lo ponderó H. Tiranno en 3 de Agosto de 1549 en una carta á la duquesa de Urbino, fechada desde Roma. *Archivo público de Florencia*, Urb. 266.

(2) Cf. nuestros datos del vol. X, p. 212.

(3) V. Martin, G. Vasa 475 s.

(4) Aunque por el otoño de 1536 se tenía noticia en Roma de la difusión de la herejía en Escandinavia (Ehses IV, 35), con todo, en 10 de Septiembre del mismo año, se despacharon breves á los reyes de Dinamarca y Suecia, invitándoles al Concilio (ibid. 41). El apóstrofe «Charissime» demuestra cuán poca infor-

Conde palatino Federico, yerno del anterior rey Cristián, y hasta el mismo Carlos V, entablaron relaciones con los labriegos sublevados; mas con todo eso, Gustavo Wasa logró el siguiente año hacerse dueño del movimiento, á lo cual siguió pronto otro nuevo despojo de las iglesias (1); pero aun entonces quedaban tantas personas de ideas católicas, que el Rey se quejó en 1544, en la dieta de Vesteras, de las simpatías de los Estados hacia los dogmas y ritos antiguos, y decretó nuevos cambios contra los restos «papistas» del culto (2).

En Dinamarca fué un acaecimiento pernicioso para la causa católica, haber subido al trono, después de la muerte del rey Federico I, á 10 de Abril de 1533, no el menor de sus hijos Juan, según deseaban los obispos, sino Cristián III que era de ideas luteranas.

Apenas había éste alcanzado la victoria, tras una guerra sangrienta, cuando dió el golpe decisivo: en Agosto de 1536 fueron reducidos á prisión todos los obispos de Dinamarca; y á fines de Octubre se reunió en Copenhagen una Dieta, en la que tomaron parte los nobles, los ciudadanos y labriegos, pero no los eclesiásticos. Y después que se dió lectura á un escrito de acusación, en el cual se presentaba á los obispos como principales causantes de las discordias que hasta entonces habían agitado el Reino, resolvió la asamblea, á propuesta del Rey: que los obispos prisioneros perdieran su dignidad, y en su lugar se nombraran Superintendentes, los cuales enseñarían el nuevo «Evangelio»; los bienes

mación se tenía en lo particular. Fabri anunciaba, en Diciembre, á Roma la apostasía del Norte (ibid. 53). Más noticias se supieron por Vorst en 1537 (ibid. 116; cf. p. 144); pero una copia exacta de los decretos de G. Wasa de 1537, no la recibió el Papa hasta el verano de 1538, por medio de los legados del Concilio (v. ibid. 170, 614). Son también característicos los rumores que anunció Morone á principios de 1537 (Nuntiatuerberichte II, 108).

(1) V. Geijer II, 91 s.; Martin 469 s. Una memoria sobre las pretensiones del conde palatino Federico á los reinos del norte, alegando para ello la restauración del catolicismo, hizo entregar éste á Morone en 1537 (Nuntiatuerberichte II, 165 s.). Weeze dió á entender á Cervini, aun en Junio de 1540, que con un auxilio de 100.000 florines, Federico emprendería una campaña contra Dinamarca, por cuyo medio podrían ser recuperadas para la Iglesia esta región, y después también Suecia y Noruega (ibid. V, 303). Los arzobispos de Upsala desterrados, Johannes y Olao Magnus, fueron auxiliados muchas veces por Paulo III (v. Tegner, Handskrifna Suecana i italienska arkiv: Suplemento á Svensk Hist. Tidskr. XII, 1, 43 s., sobre los dos arzobispos, cf. el estudio circunstanciado de Martin en la Univ. cath. de Lyon 1908.

(2) V. Tegel, Koning Gustaffs Historie II, Stockholm 1622, 201; Martin 482 s.